



EL EGOÍSMO.

---

**D**E todos los caracteres que figuran en la gran comedia humana muy pocos hay tan notables como el del egoísta. Todos los actores entramos en este gran escenario trayendo tres géneros de necesidades: las necesidades físicas, las necesidades intelectuales y las necesidades afectivas. Ansiosos por satisfacerlas, nos anima el convencimiento de que tenemos el derecho, nacido de nuestro libre albedrío; entramos en escena y encontramos que si bien es incuestionable el dere-



cho á satisfacer aquellas necesidades, ese derecho implica necesariamente un deber. Y aquí es donde la satisfacción de las necesidades y el ejercicio de los derechos empiezan á ser un asunto de no tan fácil solución; aquí es donde nacen el trabajo, la perseverancia, la abnegación, la heroicidad y el sacrificio; y en este mismo punto precisamente es donde brota el egoísta.

El empresario de nuestro teatro, que ni por las mientes nos pasaría compararlo con Moreno, tiene una ley inmutable y eterna para todos sus actores; tan inmutable y tan ineludible, que los egoístas, con todo y serlo, entran por el aro, pasan por las horcas caudinas de la necesidad, y por más que se regocijen de haber sido los defraudadores de la suprema ley, al terminar su contrata el sepulcro, se sorprenden de encontrar la balanza nivelada porque en el platillo de los deberes defraudados, la eterna justicia ha completado el peso con el hastío del defraudador y la befa de las gentes.

El egoísta cree haber venido á este mun-

do con la piedra filosofal en el bolsillo; tiene cierto airecillo de suficiencia, y está seguro de ser mas feliz que otros muchos.

Tengo un conocido que si no es el tipo mas acabado que pudiera yo escoger, para retratarlo en este artículo, pertenece por lo menos al gremio y ocupa en él uno de los primeros lugares.

Se llama.... pero sería una temeridad decir su nombre y á la vez un poco aventurado el cambiárselo, porque resultaría un sacco que necesariamente habría de venirle á alguien. Le llamaremos don H.

Don H. estaba ayer sentado en una de las bancas de hierro del jardin del Zócalo; y, como siempre, estaba solo. Va allí generalmente cuando hay música.

—Aquí me tiene usted, dice, oyendo la música del octavo. La aprovecho siempre que se puede, y en eso me parece que no hago más que usar de un derecho legítimo que nadie puede disputarme.

—Por de contado.

—Lo que me sorprende es cómo hay tan



poca gente, cuando lo natural era que cada cual viniera á aprovechar esta ocasión de oír música de balde. Pues señor, si esta música está aquí nada más que para solaz del público, el público debe acudir á divertirse; pero las gentes son tan extrañas, que prefieren ir á pagar por oír la música en el teatro.

—Tiene usted razón, es una rareza. Y usted, ¿viene siempre solo?

—Sí, señor. Ya sabe usted mis máximas: el buey sólo bien se lame, y vale más solo que mal acompañado. Yo estoy habituado á la soledad, y así me vá mejor.

—¿No tiene usted familia?

—¡Ah! sí señor, por supuesto que tengo familia; pero como si no la tuviera. Figúrese usted que desde muy joven empecé á tener disgustos en la casa. Que si estudias, que si no estudias, que si vienes tarde, que si vienes temprano, y reprimenda á todas horas; y eso sin contar con que todos se empeñaron en que les había yo de servir para algo. Mi padre, con pretexto de que

me mantenía y de que ya era yo grande, me sentaba á escribir. Y ¡qué cartas! de á cuatro pliegos; y luego.... sería muy largo de contar. Para no cansar á usted, me vine á México desde muy joven.

—¿No se ha casado usted?

—¡Quiá! no señor. ¿Casaca? ¡pues no faltaba más! No, amigo; eso del matrimonio tiene cuatro bemoles. Deme usted, sinó, un matrimonio verdaderamente feliz.

—Hay muchos.

—En la apariencia; pero si va usted á averiguarlo....

—Tal vez entonces sea usted muy dado á la política.

—¡Política! No me hable usted de política, yo estoy reñido á muerte con la política; es cosa que no leo los periódicos.

—Quiere decir que no sabe usted lo que pasa.

—¡Ah! sí, señor, cómo no: le cuentan á uno.... Tengo un vecino, el del cuarto inmediato al mío en el hotel, y él me dice lo que pasa.



—Entonces, se dedicará usted á los estudios.

—Nó, ¡qué estudios! Quién me mete á mí en camisa de once varas.

—¡Cómo!

—No le negaré á usted que me gusta de vez en cuando leer algún libro bueno; pero se necesita que sea un libro de esos muy buenos que hay. ¿No le parece á usted? Ya que uno lee, que siquiera sea alguna cosa de provecho, como por ejemplo.... el «Viaje á Oriente,» de Lamartine, «Matilde ó las Cruzadas».... en fin, de esos libros antiguos.... ¿Me comprende usted? Hoy es necesario ser muy cauto para los libros; porque corren por esas librerías unos marrachos, y sobre todo, obras tan heréticas.... que vea usted, un amigo mío se perdió por eso; hoy está hecho un libre pensador. Ya ni nos hablamos. No, amigo, esto de perder uno sus creencias...

—Es usted católico?

—Por supuesto.

—Será usted dado á las muchachas para entretener el tiempo.

—Vea usted ya no.... allá en mis mocedades no le negaré á usted que tuve mis quebraderos de cabeza; pero desde que me voy haciendo viejo.... Le aseguro á usted que no hay cosa que se pague mas cara. Siempre le trae á uno disgustos. Las mujeres, amigo, las mujeres!.... Yo las conozco al palmo, le dán á usted carita, lo explotan á su satisfacción y á la mejor.... No, amigo, yo ya tengo los colmillos grandes.... me comprende usted?

—Perfectamente. ¿Entonces qué hace usted?

—Ya lo ve usted, vegetar: oigo la música del 8.º, doy mi paseíto todas las tardes, á pié, por supuesto, por la calzada de la Reforma; porque el ejercicio es una cosa necesaria para la salud; como en mi fonda de hace muchos años, en el mismo lugar, después me voy al billar.

—¡Ah, es usted jugador!

—¡Quiá! no señor. ¡Jugar! Yo soy hombre práctico, me divierto con los jugadores, pero yo no juego.



—Pero al menos pertenecerá usted á algunas asociaciones.

—¡Asociaciones en México! ¡Vaya usted á ver! ¡Asociaciones! Ya veo que empieza usted á vivir. No señor, yo ya sé lo que son asociaciones; *sacaliñas* y nada más, y nada de provecho. Si quieres tener dinero, ténlo.

—Dará usted entonces algunas limosnas.

—¡Limosnas! ¡limosnas á los pordioseros! Yo soy hombre práctico. Hay pordioseros mas ricos que usted y que yo. No doy más limosna que para la misa de doce y cuarto en el sagrario Metropolitano, que es la que oigo siempre, y eso porque conozco al sacristán hace muchos años, es incapaz de... eso sí, es hombre honrado.

—Y esa limosna....

—Refluye en beneficio de la salvación de mi alma, porque eso es lo primero, amigo mío, la salvación del alma y cumplir con los deberes de nuestra santa religión; porque, eso sí, todos tenemos deberes que cumplir en este mundo. A mi edad, ya no

se piensa como en la de usted, amigo mío, ya se piensa de una manera muy sólida.

—Quiere decir, que en lo concerniente á la religión es usted un hombre que....

—Oh, eso sí, por supuesto. Vea usted, yo cumplo: voy al jubileo, especialmente cuando hay cosa de música, porque ya sabe usted que la música me encanta, y siempre que se trata de fiesta religiosa, allá estoy, tomo mi banca, y á gozar, místicamente, me comprende usted?

—Ah, sí, perfectamente. En fin, como es usted rico....

—Rico, no, precisamente. Tengo mis medios, gracias á Dios.

—¿Y no se disminuyen?

—¡Ah! no señor. Yo soy hombre práctico. Hago mis negocitos, seguros, por supuesto, sobre hipoteca, ó sobre buenas firmas, sí, señor.

Éste es don H. Pero don H. no está sólo por más que así se le encuentre en el Zócalo, en las bancas de los billares de Iturbide, ó en el paseo de la Reforma. Don H. está



en todas partes, entra en todas partes, escala el poder, y cuando está allí, sigue viendo por la salvación de su alma, antes que ver por la de los demás; se divierte de balde y hace sus negocitos, seguros por supuesto, y no cree ni en la política, ni en la virtud, ni en la miseria, ni lee periódicos, porque su vecino, el del cuarto del hotel, le cuenta lo que pasa.

Quando á don H. se le busca en la sociedad, se ve que no hace visitas, que no ve más que á los que necesita, que deja relajar los vínculos sociales, deja rodar el mundo, porque, como hombre práctico, no cree en la amistad, ni en el amor, ni en la abnegación, ni en el sacrificio. Don H. tiene los colmillos muy grandes. Me comprenden ustedes?

Y cuando don H. está en el comercio se le oye exclamar: El buey sólo bien se lame. Asociaciones? ¿Asociarme yo para el comercio? Si no se puede usted fiar ni de la señora que le dió el sér. ¡Bonitos los comerciantes para andarnos con compañías! Toda compañía quiebra. ¡La asociación del capital! ¡Vaya usted á ver! eso está bueno

para los yankees, que hasta para hacer bola para el calzado forman compañías. Pero entre nosotros? ¡qué disparate! Cada uno con su poquito para ir pasando el día como se pueda, y con la ayuda de Dios, que puede más que nadie.

Y finalmente, cuando á don H. se le busca en familia, se le vé de marido solo por todas partes, en todos los teatros, mientras la mamá lava á los niños, que son muchos, desgraciadamente; se le ve de hijo de familia, en el billar y en la cantina, corriendo de su cuenta, porque su casa es tan triste, y luego hay enfermos.... y miseria.... y disgustos domésticos.

Don H. vive sólo para vivir bien; porque el buey sólo bien se lame; pero cuando en una familia, en una sociedad y en una nación se entroniza don H. y todo se hace á su gusto, se acaban la familia y la sociedad; y en cuanto á la nación, necesita para salvarse de don H.... muchas generaciones de héroes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, N.M.